

INDUMENTARIA GENIAL

LAS CALZAS DE VILLADIEGO

Tus calzas son de judío
Que miran á Villadiego.

(COMEDIA ANTIGUA.)

I.



TIENE nuestra castiza y hermosa habla castellana tal número de modismos y frases hechas, que á cercenarlos de su caudal quedaría mutilada la lengua. Desde Malara hasta Cervantes, desde Timoneda á Rodrigo Caro, lo mismo en

el *Consuelo de caminantes* que en *Los Días geniales*, tanto en el *Estebanillo* como en *El Picaro Guzmán de Alfarache*, en el *Lazarillo* como en *El Gran Tacaño*, brotan y se revuelven dando reflejos como esos puñados de piedras

preciosas que el platero tiene en sus cristaleras amontonadas á granel, esperando sólo engazarlas para que brillen en el cuello de la virgen ó de la matrona.

La gracia, el ingenio, la oportunidad, la intención, el sarcasmo, no son únicamente lo que en estas frases palpita; hay en ellas rastros preciosos de costumbres que pasaron, chispas luminosas que nos hacen penetrar en el porvenir, son como notas gráficas que permanecen inalterables á través de los progresos del lenguaje, como jeroglíficos perpetuos, grabados en ese gran obelisco del pensamiento de una región privilegiada.

No tenemos hoy la misión de hacer el prolijo estudio que se necesitaría para poner de relieve la verdad de las anteriores afirmaciones; más fácil y más grata es nuestra tarea; vamos á fantasear sobre el origen de una de esas frases, con el volteo ligero de la mariposa, tomando al paso los elementos que nos proporcione el pueblo y la tradición, pero sin doctrinarismos ni ergos.

Por lo mismo, nuestro lenguaje no ha de ser tampoco afectado ni erudito; al pan, pan, y al vino, vino, y nuestras calzas á Villadiego.

No cuentan crónicas ni historias escritas quién fué el primer sastre que metiese la tijera en las calzas de Villadiego; seguramente no fué el de Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo; las célebres calzas debieron su popularidad á otras causas que no á la prolijidad de sus respuntes, y alcanzaron más fama que las antiparras que tan bien trazaban Rinconete y Cortadillo.

La calza, prolongación, á juzgar por su forma, de la hoja de parra del Paraíso, debió entrar muy pronto en juego, desde que nació el sajón bárbaro, que indudablemente la precediera. El sajón y el pantalón son de origen germánico y se comprende perfectamente, dado el rigor de la temperatura en aquellas selvas del Norte, en que los vientos cortan la piel como cuchillos de cristal; los germanos de las tribus comprendidas entre el Rhin y el Danubio, y principalmente los suavos y hulumanos, usaban en tiempo de las guerras con Roma pantalones largos atados con correa á la cintura, y en los fragmentos que se conservan de los bajo relieves de la columna teodosiana se ve á godos y ostrogodos del siglo IV con pantalones y calzas que á veces tienen en su parte inferior una orla denticulada. Las que carecían de este adorno se ataban á la rodilla.

Compréndese que viniera de aquellas lejanas y heladas marcas la moda del pantalón; en la India, en todo el Oriente y aun en el Occidente y Mediodía, el jaique, el sudario, el paño abierto por los costados y sujeto á los lomos con ligeras correas, constituía el primer traje y era más á propósito para soportar el rigor de los calores del Sahara y de las orillas del Nilo; el hymatión y el quitón griego con sus airosos y libres plegados, se adaptaba gustosamente á aquellas corrientes de aire de las playas éjeas, saturadas á veces de pesadas emanaciones y de punzante olor á marisco; Roma sigue la moda griega y adapta la túnica y la toga; odia los pantalones y las calzas, como odiaba á los bárbaros, y sus cuestores y los representantes del pueblo se sientan en el foro, dejando ver adrede sus perfumados muslos adornados con ajoreas de oro.

El jaique árabe es destronado al poco tiempo por el bor-

bacho turco que se esparce con las conquistas de los reyes persas; poco después se generaliza en Constantinopla y otros muchos puntos adeptos ó sumisos al Islám; á España llega la moda árabe á algunas provincias; aun los huertanos de Valencia y Murcia, cuyas casitas parecen todavía poseer reminiscencias moriscas, lucen para sus faenas la nagüilla africana y la faja marroquí, y andan frescos y rozagantes luciendo sus rótulas entre las almácigas y las tablas de esponjadas coles.

Adoptada la calza roja por los alemanes próximamente en el siglo XIV, y siendo la moda entre los francos poco tiempo después, pasó á España, donde se hizo patrimonio de la nobleza el *usar calzas bermejas*; éstas eran sólo para las personas de distinción, pero las había de otras muchas clases, como lo dan á entender esos modismos que hemos citado y á los que se daban dictados diferentes; había *calzas pedorreras* ó escuderiles, *calzas prietas* ó de paño burdo, *calzas atacadas* que se aseguraban á la cintura con agujetas, *medias calzas*, *calcillas* y *calcetas*.

Como la capa y el ferreruelo, las calzas dieron lugar á muchos dichos familiares, y era cosa común y corriente decir que Fulano, Zutano ó Perencejo, estaban en *calza y jubón*, cuando no tenían ropa; *ganando calzas*, cuando por medios hábiles sacaban ventaja ó provechos; en *calzas bajas* si huían cobardemente en una algarada donde se esgrimieran tizonas, y en *calzas prietas* ó *bermejas* cuando se veían en trances difíciles, como, por ejemplo, en un callejón sin salida. También se decía *echarle una calza á alguno*, si era enemigo de quien se debiera guardar y buscar desquite.

La celebridad de las calzas sin incluir aún las de Villadiego, llegó á ser tal, que dió grandes motivos á nuestros dramáticos del siglo de oro para matizar sus comedias. Cayó en mi poder, revolviendo papeles viejos, un trozo de una de aquellas obras, gemela de la picaresca titulada *Por el sótano y el torno*, que yo atribuí á algún discípulo del celebrado Fray Gabriel Tellez. Desdichadamente no he podido hallar completo otro ejemplar, pero entre otros restos preciosísimos topé con uno que guarda la intención y la mostaza de aquel género.

Un lindo de la época, aficionado á las caras bonitas, presas en las tocas Descalzas, se acerca á la portería del convento luciendo lujosas calzas de terciopelo maravé con riquísimas agujetas. El portero las usa prietas y burdas, pero cubren dos piernas robustas y bien formadas, según se desprende del texto.—¿Dígame bellaco?—le dice el lindo.—Necesito que las madres Descalzas me reciban en el locutorio.

—¿Para qué?—contesta el demandadero.

—¡Para que me vean las calzas nuevas!.....

El monjero se limpia la boca con el envés de la mano (como reza la acotación del trozo de comedia) y dice con cierto tono socarrón llevándose la mano al cinto de cuero que sujetan sus bragas:

—Es inútil vuestro ruego,
Porque las Madres Descalzas
No pueden ver otras calzas
Que aquestas de Villadiego.

El travieso é ingenioso Tirso de Molina sacó partido de las calzas trayendo á plaza, del modo chispeante que él sabía

hacerlo, un tipo muy zarandeado en su tiempo, en la genial comedia *Don Gil de las Calzas Verdes*. Todos la conocemos, y sería dilatar esta parte de mi estudio inútilmente haciendo el análisis de esta obra que, como todas las del autor de la célebre *Villana de Vallecas* y de tantas otras preciosidades de nuestro teatro antiguo, ha merecido señalado lugar entre aquellas producciones inmortales; pero ya que estamos con la mano en la masa, vamos á transcribir algunos trozos que vienen á cuento á nuestro asunto.

De esto resultará el elogio de las calzas, que es lo que por hoy, con permiso del lector, nos hemos propuesto.

Un D. Martín hace, con anuencia de su padre, el amor á la hermosa Inés, y ésta, enamorada perdidamente de D. Gil de las Calzas Verdes, le rehusa, aun sin parar mientes en que se halla ante ella el autor de sus días, á quien debe sumisión y respeto. Hay en esta escena uno de aquellos truecántas que tanto abundan en la pintura de los devaneos de las tapadas del tiempo de las capas y de los rebocillos. Don Martín se cree que Inés le ha tomado por D. Gil, y ella piensa en el de las Calzas Verdes.

El diálogo dice así:

Inés. ¿Qué es esto, estáis loco?
¿Yo de vos enamorada?
Yo á vos, ¿cuándo os vi en mi vida?
¿Hay más donosa maraña?

Pedro. Hija, Inés, perdiste el seso.

Martín. ¿Qué es esto, cielos?

Pedro. ¿No acabas
De decir que á don Gil viste?

Inés. ¡Pues bien!.....

Martín. ¡Yo!.....

Inés. La bobada

Pedro. Por mi vida que es el mismo.

Inés. ¿Don Gil tan lleno de barbas?
Es el don Gil que yo adoro,
Un Gilito de esmeraldas.

Pedro. Ella está loca, sin duda.

Martín. Valladolid es mi patria.

Inés. De allí es mi don Gil también.

Pedro. Hija, mira que te engañas.

Martín. En todo Valladolid
No hay, doña Inés de mi alma,
Otro don Gil, sino es yo.

Pedro. ¿Y qué señas tiene? Aguarda.

Inés. Una cara como un oro,
De almibar unas palabras,
Unas calzas todas verdes
Que cielo son y no calzas.
Agora se va de aquí,

Pedro. Don Gil de ¿cómo se llama?

Inés. Don Gil de las Calzas Verdes
Le llamo yo, y eso basta.

Pedro. Ella ha perdido el juicio.
¿Qué será esto, doña Clara?

Clara. Que á don Gil tengo por dueño.

Inés. ¿Tú?

Clara. Yo, pues; y en yendo á casa
Procuraré que mi madre
Me case con él.

Inés. El alma
Te haré yo sacar primero.

Martín. ¿Hay tal don Gil?

Pedro. Tus mudanzas
Han de obligarme.....

Inés. Don Gil
Es mi esposo, qué te cansas.

Martín. Yo soy don Gil, Inés mía,
Cumpla yo tus esperanzas.

Inés. Don Gil de las Calzas Verdes
He dicho yo....
Pedro. Amor de calzas,
¿Quién lo ha visto?
Martín. ¡Calzas verdes
Me pongo desde mañana.....

II.

El monumento literario más antiguo en que se habla de la frase hecha ó familiar de que venimos ocupándonos, es la tragicomedia de Calixto y Melibea, conocida por *La Celestina*. En una de las primeras escenas dice un personaje á otro lo siguiente: «*Apercibete á la primera voz que oigas á tomar calzas de Villadiego.*»

Siento al llegar á este punto de mi búsqueda tener que disentir de la opinión de uno de nuestros más eruditos y notables literatos, y en Dios y en mi ánima que no quisiera que se me criticase el intento; pero creo tener razón para afirmar que en ello el eminente D. Juan Eugenio no ató todos los cabos, y así parece que han errado los que su opinión afirman en esto de las calzas de Villadiego.

Es cierto que el sabio autor de *Los Amantes de Teruel* se apoya en el dicho que apuntó D. Luis Galindo en sus *Adagios*, libro manuscrito que, según parece, existe en la Biblioteca Nacional, y en el cual, en vez de decirse *Tomar las de Villadiego*, se lee *Tomar las de Vellariego*; pero como ese modismo de Galindo no figura en ningún Diccionario de nuestra lengua ni en ningún texto escrito de nuestros primeros hablistas, bien puede ser tergiversación del copiante; porque los que corren y van de acá para allá, de villa en villa ó de ceca en meca, nunca fueron otra cosa que *peatones, andarines ó andariegos*. Prueba de esto es que la Academia no mienta en sus ediciones la palabra *villariego* ni aun tratándose del *andarin* ó del *peatón*, y que no se encuentra en Cervantes ni en otros muchos autores del siglo de oro la acepción de que se trata. Resulta de aquí, que las calzas de Villadiego debieron ser las tales y no otras, supuesto que afirman su existencia autoridades cuyo dicho han ratificado escritores de cuenta. El maestro Baltasar Pérez del Castillo, citado por D. Gregorio Garcés en su preciosa obra *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, dice en uno de los párrafos de su traducción del *Teatro*: «Después de haber (algunos mercaderes) á hurtadillas allegado mucho dinero, hacen bancarrota; toman, como dicen, *calzas de Villadiego*, y vanse á reinos extraños donde viven y triunfan.»

Por esta nota y otras que pudiéramos sacar á plaza, se vendrá en conocimiento de que más acertado que Galindo anduvo aquel francés que, traduciendo un pasaje del *Quijote*, dijo que el Ingenioso Hidalgo había tomado después de su aventura «*el camino de la villa de don Diego*».

No pretendo yo haber hallado la madre del cordero en tan enmarañado asunto, ni he de dar una lección á los sagaces escoliadores que han examinado el origen de este modismo; pero tengo para mí que no he de ir descaminado en mis deducciones, si logro apretar las agujetas históricas de estas *calzas*.

Corría el siglo XIII y estábamos en el periodo de la Recon-

quista; España no era España todavía; nuestros reyes guerreros, vistiendo la pesada loriga y el incómodo arnés de acero, vagaban por los campos de la patria, donde pululaba el gusano roedor de la invasión que nos consumía. Sevilla, Córdoba, Málaga, Granada, Valencia, nuestras más ricas provincias, ó acababan de salir del yugo de califas y emires, ó esperaban al libertador; en nuestras ciudades parecía que se habían dado cita las razas extrañas; moriscos, árabes, egipcios y africanos vivían y pululaban por los dominios de los reyes de taifa y por los restantes emiratos, á favor de largas complacencias de los invasores; los primitivos habitantes se veían precisados á soportar sus costumbres y sus prácticas religiosas.

Una de las razas que primero buscaron el asilo de nuestras feraces regiones fué la hebrea, que arrojada de todas partes se incorporó acaso á los ejércitos visigóticos, y vino á España al abrigo de aquellos audaces conquistadores. Sumisos á las órdenes de sus dueños, porque á ello les habían acostumbrado las abyectas cadenas de Jerusalén y Babilonia, fueron un elemento aprovechable para las monarquías bárbaras, que disponían de ellos á su antojo.

Para ellos España no era desconocida, porque habían venido muchos de su raza unidos á las colonias de Tiro y Sidón, á comerciar á nuestras costas; claro es que al volver nuevamente á Iberia pudieron satisfacer los intereses de la nueva monarquía.

El arrianismo fué para los tales escudo importantísimo, y los primeros reyes, no sólo los colmaron de privilegios de ciudadanía, sino que alentaron su actividad comercial que pronto les proporcionó en nuestra región andaluza gran supremacía. Hasta Recaredo, puede decirse que fueron más favorecidos que los mismos latino-hispanos; pero sus tendencias utilitarias les atraieron las antipatías de los naturales y prepararon la animadversión de los concilios y la persecución terrible que se inició con el reinado de Sisebuto.

Larga tarea sería seguirlos en el calvario que empiezan á cruzar con Ervigio, hasta la venida de los árabes, con cuyas benevolencias vuelven á adquirir riquezas y hasta puestos públicos; para nuestro propósito, basta consignar que, después de figurar en las cortes moriscas de Córdoba y Sevilla, empezaron á sufrir con la reconquista nuevas persecuciones, levantadas por la intransigencia de arcedianos y prelados. Una de las más terribles la motivaron las predicaciones del Arcediano de Écija en la alhámia sevillana.

Extremábanse las persecuciones de judíos en Burgos y Toledo, y no conviniendo al rey Fernando romper del todo con una raza rica y trabajadora que pechaba en sus arcas y le servía con su ciencia, se decidió á procurarles un asilo seguro. Aquí tropezamos por primera vez con las calzas de Villadiego.

Por medio de una *encomienda ó privilegio*, los confinaba en una población apropiada por su situación y cercada de tierras feraces; este curioso documento que hemos podido tener á mano, dice así, copiado del curioso libro *Memorias para la historia del santo Rey*:

«*Recibe bajo la Real protección á los judíos que tienen casas en los solares de Burgos y en Villadiego:*

»Conocida cosa sea á todos los homes que esta carta vieren, como yo Don Alfonso, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Toledo, de Galicia, de Córdoba, de Sevilla, de



EL RELOJ NUEVO.—(Escuela alemana contemporánea.)

Murcia, de Jaen; vi una carta plomada del Rey Don Fernando (mio padre) fechada en esta guisa:

»*Fernandus Deo gratia sec de Castellax de Toleti, omnibus hominibus regni mi hanc carta, videntibus salutem et gratiam.*

»Sepades que yo recibo en mi comienda, et en mio defendimiento los judios de Villadiego, que son poblados en el solar del hospital de Burgos *et todo quanto han*. Mando que pueblen, y fasta veinte casados entre los poblados et por poblar; et que hayan el fuero que han los otros judios de mio reyno, et que no fagan fuero ninguno sino al hospital de Burgos. Et mando demás *que ninguno nom los peindre*, si non por son propio debdo que devan, ó por paura que hayan fecho, *et ninguno que mal les faciese á ellos nin en lo so, nin los peindre*; cient mrvs, me pechará en coto; et á ellos todo el daño que les ficiesen dargelo y é doblado. Et mando á todos los mios merinos, *que aquel que mal les ficiere, que peindren por el coto*, et por el duplo del daño que les ficiesen. *Facta carta apud Vallemoleti XXV die februerig era MCCLX prima.*»

Como se ve por esta curiosa Encomienda, proviniendo duramente las malévolas y agresivas intenciones de los burgaleses y toledanos, que perseguían á los hebreos como podencos á las liebres, hasta sus mismos hogares; el salvoconducto Real fué dado el 25 de Febrero de 1223 con todas las garantías posibles; confirmándose por D. Alonso en Burgos, en 14 de Enero de 1293 con estas expresivas palabras:

«Et yo, sobre dicho Rey Don Alfonso, otorgo esta carta ó mando que vala. Fecha la carta en Burgos por mandado del Rey; 14 dias andados del mes de Enero, en era de 1293 annos. Estevan Perez la escribió por mandado del Arcediano Maestre Ferrando, notario del Rey; el anno tercero que el rey Don Alfonso regnó.»

Antes de relacionar la Encomienda de Villadiego con las célebres calzas, hay que aducir algunos datos curiosos de indumentaria hebrea y castellana.

Los Concilios estudiando el modo de establecer una total separación entre el pueblo judío y el cristiano, que se habian confundido algunas veces, no sólo celebrando matrimonios, sino adoptando ropas y vestidos comunes; entraron á legislar sobre ambos puntos con prolijidad extremada y exigieron á los monarcas la publicación de edictos suntuarios en relación con sus resoluciones sinodales. La tendencia era conseguir que el traje hebreo fuera una especie de sambenito vergonzoso, de forma determinada y de especiales colores. Dominaba en estas disposiciones el amarillo, color ruin y bajo recomendado en la Bula de Paulo IV, y que era el que usaban las hetairas y los lenones de Roma; también se prohibía á los hebreos el uso de ciertas prendas propias de la nobleza.

En el Concilio de Letrán celebrado en 1211, cuatro años antes de concederse por el rey Fernando la Encomienda de refugio de Villadiego, se habian fijado ya ciertas prohibiciones, que después se promulgaron por los monarcas castellanos que no podian romper con la Iglesia; como ya hemos dicho, los judios debían llevar un distintivo delator para que se reconociesen á la simple vista; ni más ni menos que como las aves de corral, que, según el Diccionario de nuestra lengua y la tradición rústica, llevan *calzas* de color en la zanca para que el amo pueda distinguir los gallos de los pollos.

En las Cortes de Jerez y durante el reinado del mismo rey Don Alfonso, se glosaban estas disposiciones conciliares: «Ningun judio non traya penna blanca, nin cendal, ni zapatos descotados, en ninguna guisa, ni silla dorada, nin argentada, NIN CALZAS VERMEJAS, ni panno *tinto* ninguno, sinon yprés y bruneta prieta.»

Un ordenamiento de la reina Catalina dado en Valladolid en 1412 prohibe «que judios y judias usen capirotos con chies, *luengas* ni mantones; y manda que lleven las mujeres *mantos grandes fasta en piés, sin sendal é impana é toca* sin oro; debiendo perder toda ropa que trajiere vestida é fasta la camisa el judío ó la judía que gastare paño que excediese de 30 maravedises vara.»

Estas costumbres de despojar al judío de sus ropas con este ó aquel pretexto, llegó hasta nosotros de un modo notable, como puede verse hoy con verdadera extrañeza. El año 1711, como si dijéramos el siglo pasado, se colocó una lápida de mármol blanco que todavía puede *admirar* el curioso en el ángulo exterior de la iglesia del Salvador de Sevilla, en la que se prescribe como un precepto común y corriente y con la mayor frescura «*que se apeará del coche desde el Rey hasta el caballero, cuando se tope al Santísimo Sacramento, pechando el que no se arroddille 600 maravedises y perdiendo—si el profano es moro mayor de catorce años—la cabalgadura y lo que llevaré vestido.*»

No sabemos cómo permitieron el desenterramiento de semejante antigualla las autoridades de la culta ciudad del Betis, en tiempos tan cercanos á la invasión volteriana en España.

III.

Zurciendo los respuntes anteriores para que las famosas calzas nos vengán ho'gadas, llegaremos á darnos cuenta del modismo con que me he permitido respuntar la tela de este discurso. Que los hebreos usaron calzas como los latino-hispanos, no cabe duda por lo que resulta de muchos ordenamientos; cómo fueron esas calzas y qué tenían de común con las de Villadiego, es lo que debemos conjeturar para aclarar el concepto.

En *La Celestina* se acentúa de un modo notable la utilidad de las calzas de Villadiego «*que se han de tomar á la primera voz de alarma*». Ellas, como el talón alado de Mercurio, parece que han de llevar lejos del peligro al que se las ataca á tiempo.

Esto justamente acontecía á los hebreos de Burgos y Toledo en aquellas horas de angustia en que se decidían los castellanos á cazarlos en sus propias alhamías y que por esto mismo parecían madrigueras.

Remisos en dejar sus lares, á pesar de las franquicias que Villadiego les proporcionaba, huían, sin embargo, á la primera señal de alarma como tímidos corderos, abandonando muchas veces á sus enemigos los trebejos más queridos de sus pobres hogares cuando no les daba tiempo para entregarlos á las llamas.

Protegidos en este caso por los procuradores del monarca, abandonaban las ropas castellanas ó puramente hebreas que solían usar, aun prohibiéndoselo los mandamien-

tos y se calzaban los distintivos que habían de usar en su nueva tierra de Villadiego, como colonos y pecheros del rey Alfonso.

En estos días de emigración se solían escuchar terribles denuestos y amenazas repetidas.

—¡Perro judío!—decía un toledano—tus usuras me han perdido, pero yo tomaré en Pentecostés la revancha.

El aludido se guarecía al costado del procurador real, y éste contestaba al toledano:

—¡Tate, tate, seor matachin; que éste tiene encomienda y toma las de Villadiego!

Dos suposiciones igualmente lógicas pueden sostenerse en lo que á las calzas de Villadiego toca: si eran éstas calzas, propiamente dichas, ó si, por el contrario, no fueron otra cosa, como adelantamos más arriba, que un distintivo de color amarillo cual demandaba la Bula de Paulo IV, y el que podía consistir en una cinta, liga ó calza en la pierna ó en el brazo, semejante á las que se ponen en los muslos á los reclusos del gallinero.

En este caso, tal señal envolvía un verdadero ultraje para la raza hebrea, calificándola por este solo hecho de pusilánime y cobarde, de baja y rastrera. El distintivo entonces se convertía en coraza, en escarnio, en marca de servidumbre; si era así, en realidad, el judío se hacía aún la ilusión de que no había perdido la esperanza de alcanzar de nuevo la Tierra Prometida y hubiera protestado de fallo tan injusto y humillante.

Pero no creemos que fueran esas las intenciones de los Concilios ni el deseo de los monarcas. Otra versión que ya también hemos apuntado parece más lógica y apropiada.

Baltasar del Castillo califica, como hemos visto, de mercaderes á los que allegaban á hurtadillas mucho dinero, y, después de hacer bancarrota, tomaban Calzas de Villadiego. A aquellos mercaderes judíos les cuadran admirablemente las frases antedichas, y tal hicieron seguramente en sus emigraciones de Burgos y Toledo los israelitas, que tomaban frecuentemente las calzas consabidas.

Ahora bien; apurando la letra y en el caso probable de que existiesen las expresadas calzas, éstas pudieron ser de bruneta prieta ó de gamuza amarilla, como prevenía un edicto toledano. Yo creo que en este punto no puede discutirse seriamente; pero la mejor inducción es, á mi juicio, que fueron de gamuza amarilla, color apropiado á los mandatos pontificios y material cómodo y durable.

En efecto, las calzas de gamuza tuvieron desde la antigüedad tal predicamento, que llegaron á ser la vestidura ó prenda más lujosa del pobre, hasta el reinado de los Reyes Católicos. Los siguientes curiosos versos nos dicen cuál era la categoría que les tocaba en la indumentaria del siglo XVII:

¿Quién sufrirá un «á fe de caballero»
Del que ayer trajo calzas de camuza
Y las subió de punto su dinero?...
¡Ahogósele su padre en una alcuza,
Su madre apenas tuvo manto ó saya,
Trajeron sus hermanos caperuza,
Y harán sus abuelos de Vizcaya!

Ya que, á nuestro juicio, hemos encontrado las calzas, digamos algo de Villadiego, lugar de refugio de hebreos durante dos ó tres reinados y donde todos los ciudadanos

ostentaban el distintivo de su autonomía—*passz le mot*, no usada en aquella época.—Ya recordamos que los israelitas de Villadiego no facian fuero, más que al hospital de Burgos, y que, por lo tanto, una vez llegados á aquel lugar, eran inviolables bajo las penas que en la curiosa Encomienda hemos leído.

Villadiego tenía excelentes condiciones para que la raza hebrea pudiera regenerarse, y bien podemos inducir, por la especial política hecha por Fernando y Alfonso, que esta era la idea que había presidido á resolución tan peligrosa. Todos los días, aun sin hostigarlos, tomaban «las de Villadiego» los hebreos de muchas villas cercanas engrosando el contingente que hormigueaba al pie de la roca de Amaya.

La Naturaleza había sido pródiga con el centro israelita naciente, dotándolo de especialísimas condiciones. Villadiego estaba situado á seis leguas de Burgos, con caminos seguros y excasados, que permitían dar aire con seguridad á las históricas calzas; su extensión era antes de muchas leguas, porque la raza hebrea esparcida en sus contornos fundó muchas aldeas y pequeños pueblecillos apretándolos en estrecho círculo, semejante al que forman los corceles salvajes para defenderse de los leones; la antigua ciudad, que hoy ha desaparecido y que se apoyaba en las estribaciones de la sierra de Albacastro, era casi inexpugnable.

Sus contornos no podrán ser más feraces ni pintorescos. Cañadas y alcores rodeaban como ondulante cinta de pintarrajado color el emplazamiento de la villa, y corrían hasta la celebrada altura llamada la Brújula de Burgos.

Las aldeas que formaban el primitivo distrito estaban situadas de modo que pudiera hallarse comunicación fácil; los miedos del hebreo habían hecho de aquellos lugares una maravilla topográfica. Tanto los alcores del Este, como la gran colina á que nos referimos, prestaban fácil paso que sólo se dificultaba en tiempo de nieves: por allí podían comunicarse las aldeas hermanas. Entre las cañadas de Amaya y Albastro, existía una garganta muy estratégica; una especie de Roncesvalles que hubieran podido utilizar en un caso extremo, si la raza de David, Sansón y Goliath no hubiese degenerado.

El paisaje no podía ser más bello ni variado; se daban allí antes de los desmontes del gran Cerro, desde el haya al roble y desde el carrascal hasta el chaparro; en las faldas y pendientes, como en los valles y cañadas, abundaban los árboles frutales y las plantas medicinales y aromáticas. Para completar este panorama primitivo de Villadiego, diré que el resto del término lo componían infinidad de cerrillos y riberas que se reflejaban en cristalinos arroyos, como los chopos y los olmos de sus márgenes; la efoliación de estas arboledas y sus abundantes hojarascas, proporcionan aún copioso pasto de invierno á numerosos rebaños. Dos ríos cruzan aquella especie de Canaan de los hebreos de España; uno de ellos, llamado Uron, se mete cerca de un pueblecillo llamado Mamed (nombre hebreo, sin duda) debajo de tierra; á orillas del otro río lloraron, en la época de la expulsión definitiva, los antiguos hijos de Villadiego, recordando de nuevo el triste psalmo «*Super flumine Babylonis*».

Un detalle curioso que recuerda una de las etapas gloriosas de la Reconquista, y terminaremos este estudio. El río Uron cruza por un lugar histórico que se titula *La Patada del Cid*; yo no he tenido paciencia para averiguar la tradi-

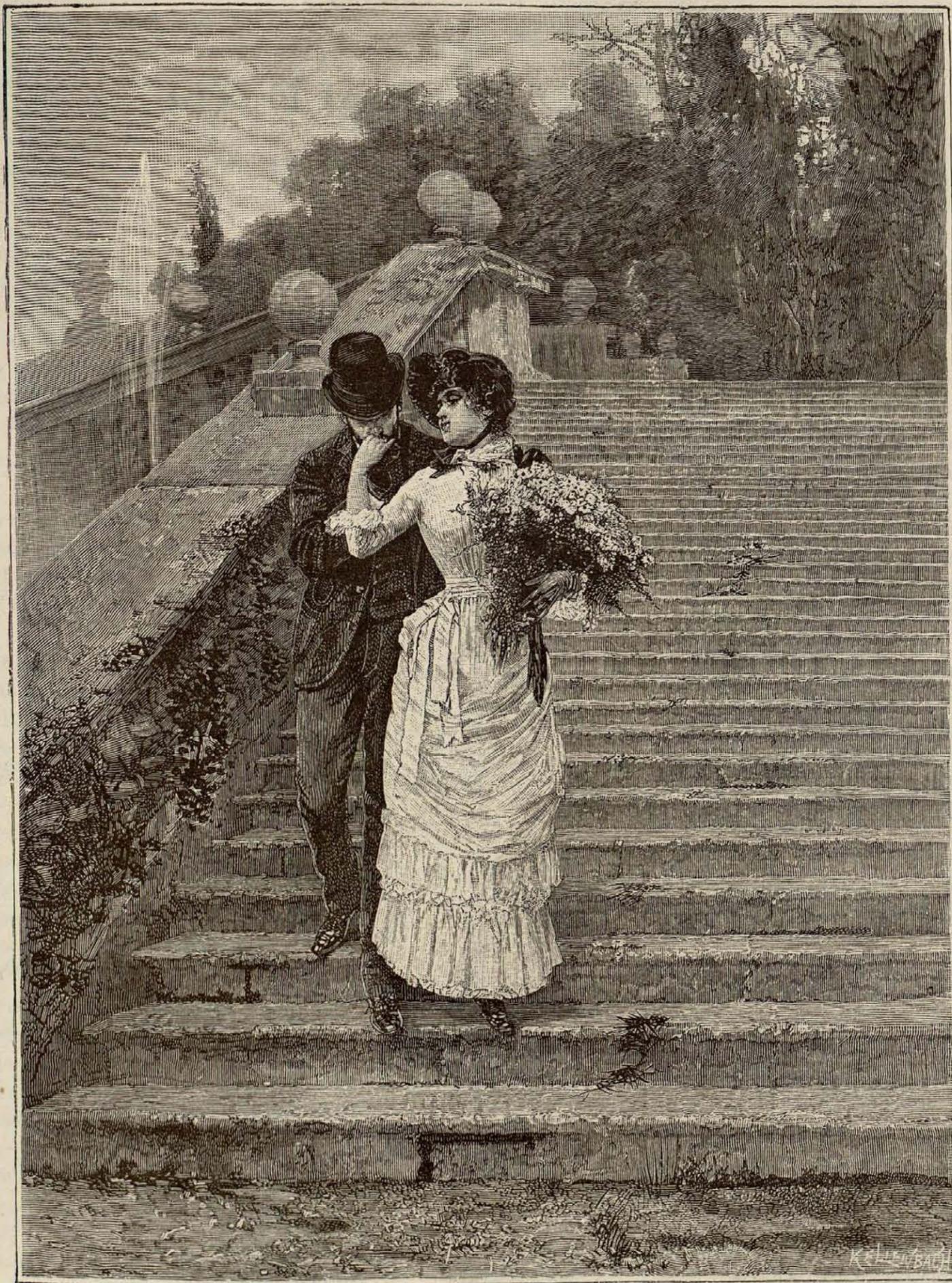
ción, ni esto me parecía pertinente para dar á mis calzas de Villadiego la última puntada; pero sería curioso averiguar si el irascible y cristiano Cid, que se atrevió á tomar la jura á un rey valiente y pundonoroso, puso ó no la cuja de su lanza ó el filo de sus estriberas de hierro en alguna manada de judíos algarivos de aquella puebla tan celebrada.

De un modo ú otro, aquellas calzas se han anticuado de tal manera, que no faltará erudito que tache este estudio de

aventurado ó de ampuloso; si tal ocurre, no romperé cañas en Bibarramba ni jugaré bohordos en Gélves, sino que buscaré en cualquier almacén de antigüedades un par de calzas de Villadiego.

BENITO MAS Y PRAT.

Junio de 1889.



LUNA DE MIEL.—Cuadro de Kellerbach.

LA LOCURA DEL BARDO

FRAGMENTO DE UN POEMA INÉDITO

CANTO PRIMERO

TIEMPO Y ESPACIO

I.

¿Dónde? No sé. De azules horizontes,
De lagos y de brumas,
De nieblas que, cual pliegues de un sudario
Se arrastran por las cimas de los montes,
Y de blancas espumas
Que salpican las rocas y la arena,
Miro cubrirse el fondo de la escena
De este drama de amor imaginario.

El pueblo y la nación, ni es á mi historia
Preciso recordar, ni aunque intentara
Sus nombres evocar en mi memoria
Pudiera conseguir á mi deseo,
Saber de qué región remota ó rara
Es el país sombrío que en mi veo.

II.

Él es, cual es; obscuro, dilatado,
Abrupto, yermo, en montes asentado
Batidos por el mar, que en los sillares
De basalto y granito,
Se estrella hirviendo con gemido lento,
Salvaje como el grito
Que arranca á las encinas seculares
Del bosque umbrío, el impetuoso viento.

Su fragor interrumpe el solitario
Silencio de las cuencas descarnadas,
Pedregosas, y á trozos esmaltadas
De vetustas raíces carcomidas
Pálidas cual los restos de un osario,
Que brotan de las piedras desunidas
En los terrazos, donde nace á trechos

El enebro lozano y espinoso,
El tomillo aromoso,
Y las palmas que agitan los helechos.

III.

También por los tablares de verdura
Que forman las inmensas praderías,
Por la espaciosa y húmeda llanura,
Envuelta á veces en la niebla obscura
Que baja de las altas serranías,
Zumba el sordo gemir de la marea
Que el cierzo arrastra, unido á los ruidos
Del reposado bronce de una aldea,
Y al sonar de la esquila
Á compás de los ecos mugilores
Del manso que acostado cabecea,
Ó que, con tarda lentitud, desfila
Por las sendas que cruzan los alcores.

Surgen del llano, negras y musgosas,
Enormes piedras, druidicos altares
Que recuerdan escenas pavorosas
Al pie de los sagrados encinares.
Arcadas y crujías
Sobre un fondo de sauces y cipreses
Elevan las ruinosas abadías,
Y más allá de las undosas mieses
Detrás de las que humea el caserío
Y señalando al cielo
La aguja de la iglesia se levanta,
Al pasar de la puente, sobre el río
Que se desborda en torrencial anhelo
Por estrecha garganta,
Sobre las rocas ásperas y oscuras,

Al terminar de la empinada cuesta
Se alza sombría la almenada cresta
Del castellar, señor de las llanuras.

IV.

Es bien que los tiranos
Que asolan con sus feudos la campiña,
Aun más que con sus garras los milanos,
Habiten donde el ave de rapiña.
Y así los agrietados torreones
Que asoman, sobre rocas suspendidos,
Son tan siniestros como son los nidos
Que entretejieron águilas y halcones.

Cuando en la selva umbría
Canta el cuclillo al despuntar del día,
¿Quién duda que llegó la primavera?
Y ¿quién que la estación húmeda y fría
Se acerca ya, si de la azul esfera
La golondrina huyó, mientras se cuaja
En las cumbres la nieve y denso y vago
Jirón de niebla, que rasgado baja
Al impulso del cierzo que le azota,
En la agitada inmensidad del lago
Como penacho de blancura flota?

V.

La torre de homenaje,
De secular y gótico castillo,
Se alza de entre las rocas del paisaje,
Que retiembla al crujido del herraje
Con que hasta el foso bajan al rastrillo.

Al vago alborear ronco resuena
El cuerno que despierta la jauría;
Y relincha el bridón, y el perro ladra,
Y recostado en lo alto de una almena
El ballestero canta al nuevo día,
Mientras en regia cuadra
Sayo y calzas se ciñe presuroso
El forzado señor, de alta estatura,
Curtida faz y enfurecido ceño,
Que en erguida apostura
Alza los puños despidiendo el sueño;
Y de un tahali de cuero primoroso,
Un cuchillo de monte, toledano,
Le prende un paje, mientras él apura
Dorada copa, y la siniestra mano
Pasea cariñoso,
Por el robusto lomo de un alano.

La sombra del castillo,
Envuelta de la noche entre la bruma,
Como fantasma que la mente evoca
Surge del foso en que la blanca espuma,
Con acerado brillo,
Serpea en los abismos de la roca.

Y cuando luce en la pintada ojiva
Un cárdeno fulgor que aumenta y muere
En raudo parpadeo,

Según la llama del hogar la hiere,
Ya rutilante y viva,
Ya apagada en febril chisporroteo,
Se dilata el vapor denso que arroja
El hervir rumoroso de la berza,
Y la humareda oliente de la grasa,
Encendida al caer, con llama roja,
Siempre que el escudero aliñe y tuerza
El medio gamo que á la lumbre se asa.

Hay, junto del hogar, sitial de roble;
Mesa, junto al sitial, de toso pino;
Sobre el sitial, antiguo blasón noble;
Sobre la mesa, canjilón de vino;
Brillan á los reflejos de la lumbre
En la pared escudos y broqueles,
Trompas de caza y sillas de caballos;
La jauría, acostada sobre pieles;
Sentado el conde; en pie la servidumbre;
Temblando de pavura los vasallos,
Y temblando de frío los lebreles.

.....
.....

VI.

Así como la nube cenicienta
Y el monótono canto del cuclillo
Anuncio son de la invernal tormenta
O de serenas brisas estivales,
El pardo murallón, que añoso ostenta,
Entre retamas, peñas y zarzales,
La señorial morada de un castillo,
Es reflejo del brillo
De las pasadas épocas feudales.
¿Por qué seguir? La marejada hirviente
Ruge á lo lejos; de humedad brumosa
Se cubren las umbrías, y los vientos
Disipando la niebla vagarosa
Muestran del monte la azulada frente;
Y más allá, castillos y conventos,
Lagos, celajes, bosques y espesuras,
Olas grises, basálticas negruras
Se extienden por la costa y por la vega
En la extensión que el horizonte abarca.
Pero en los ecos de la mar no llega
El nombre que designa á la comarca
Septentrional y fría
Como los yermos valles de Noruega,
Feudal como la vieja Normandía,
Y verde como Escocia y Dinamarca.

¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Qué importa un grado menos
Ni un siglo más? En nebulosa tierra
Y en tiempos rudos de ignorancia llenos
Pasa la acción. Ya reinen los Comenos;
Ya al consejo de Urbano
Corran los pueblos hacia Oriente en guerra;
Ya Juana de Arco triunfe de Inglaterra;
Ya suba Othon al solio soberano.

R. BLANCO ASENJO.

ESPLENDIDEZ ESPAÑOLA

No creo exista en el mundo país más *dudioso* que el español, si hemos de atenernos á cuanto *DA de sí* nuestro verbo DAR. En efecto, cosas que en otras naciones se *hacen* (como un *paseo*), se *desean* (como *los buenos días*), ó se *causan* ó *proporcionan* (como una *desazón*), aquí se DAN. Con el fin de probar nuestra tesis, vamos á DAR ahora *cuenta* al lector (por el dinero, se entiende, que no están los tiempos para andarse en muchas prodigalidades) de algunos de tantos *donativos* ó *dádivas* como lleva á cabo el pueblo español: *dádivas* ó *donativos* realizados con tanto mayor salero cuanto que, por lo regular, el que DA á tal propósito, suele no privarse ó despojarse de cosa alguna. Empecemos, pues, á DAR.

Sólo un *dar* hay que me agrada,
Que es el *dar* en no *dar* nada.

Resolución adoptada por un aficionado á las hijas de Eva, contra las que son de suyo *pedigüeñas*. En sentido más lato y general se dice del que no es generoso, que *no suda ni aun en invierno*, que es preciso DARLE en el codo, ó que,

Por no *dar*, ni siquiera *da* los buenos días.

—*¡Quién me DIEBA, ú, oh si me FUERA DADO, hacer tal ó cual cosa!....* Pero, ¡que si quieres! Sí, échese usted á andar por esos mundos de Dios, y ya verá qué pronto encuentra quien le DÉ.... ¡como no sea un *disgusto*, ó un *puntopié* en la parte del cuerpo á que se ajustan ó adecuan, y con que convienen perfectamente los fondillos de los pantalones!

—DÉ usted *memorias* á N. de mi parte—decía en cierta ocasión una dama á un chusco.—*Pues vengan*—le replicó éste alargándole la mano. Otra vez le dijo la misma:—DELE usted un *beso* á la niña.—*Perdone usted*—le replicó—*no acostumbro anticipar cantidad alguna; así es que, no DOY nada que no haya cobrado antes.*

—Hoy se DA una *función* en el teatro tal, á beneficio del actor cual.... Lo que se DARÁ es el dinero, indudablemente, por el espectador; pero se *tomará* por parte del agraciado. A este propósito decía un amigo mío, que ya murió, que era más devoto de Santo *Tomé* que de San *DONATO*. Asimismo decía que le gustaban más los *dátiles* (nó como persona agente, sino paciente, en el lenguaje gramatical) que los *tomátiles*.

Uno de los fenómenos más dignos de observación que presentan las lenguas cuando se hace escrupuloso estudio y

análisis de su peculiar estructura, es la existencia de voces que entrañan valores diametralmente opuestos. Pocas son, por fortuna, dichas voces, porque, de ser lo contrario, ¿á dónde íbamos á parar en orden á poder entendernos? Pues bien; para que nada le falte á nuestro verbo DAR, conste que una de sus múltiples significaciones es la de *quitar*, lo cual varía de especie, por aquello de que *no es lo mismo comer que tirarse con los platos*. En efecto, y á fin de que no se nos crea por sólo nuestra palabra, ¿qué hace el que toma en la mano un pedazo de pan, y llevándosele á la boca, le DA un *bocado*?.... ¡Cuánta esplendidez!

—*Acúsome, padre, de que soy súpita y sanguinea*—dijo una individua al sacerdote en el tribunal de la Penitencia, por contera y remate del acto de desembuchar el talego de los pecados. El ministro del Señor, que no podía compaginar fácilmente aquella delación que de sí misma hacía la *sujeta* con la *flema* que en el discurso de su confesión había ostentado aquella buena pécora, le preguntó:—*Hija, ¿y qué entiendes tú por eso?*—*Padre, que tanto SE ME DA por lo que va como por lo que viene.*

—DOY POR *sentado* que; DEMOS POR *supuesto* que; *Eso se DA POR sabido*, etc. Mientras no DEMOS más que eso, seguros estamos de no quedarnos pobres. En igual caso se encuentran los que se DAN por *satisfechos* ó *convencidos*, los cuales realizan el gran milagro de DARSE sin dejar por eso de *pertenecerse*, así como los que se DAN por *confundidos*, *vencidos*, *cachifollados*, etc., de todo lo cual se DAN *casos*.

Existe cierta clase social, perteneciente á una de sus más humildes capas, muchos de cuyos individuos no gastan la prenda de vestir que lleva ese nombre, seguramente por no llegar á sus manos el número sin número de cuartos que el público le asigna ó destina á cada momento. Ahora bien; ¿qué clase es ésa?.... Pues no es otra que la del *pregonero*, grado anterior al del *verdugo*, en el escalafón *paremiológico*, según reza aquel refrán: *¡Cómo subo, subo, de pregonero á verdugo!* En efecto, todo el mundo le *está DANDO* continuamente un *cuarto al pregonero*; pero lo cierto es que nunca llegan tales cuartos á poder de ese infeliz.

—DATE, *cacho de ladrón*—le gritaba un agente de policía á un hijo de Caco que acababa de ejecutar una de sus acostumbradas heroicidades.—*¿Hablaba usted conmigo?*—*¿Pues con quién he de hablar?*—*Usted viene equivocado, sin duda: 1.º, porque para DARME yo, tenía que pertenecerme, y yo no soy mío cuando se trata de ejercer el oficio; 2.º, porque yo no soy cacho de ladrón, sino ladrón entero, hecho y derecho, piante y mamante, y á mucha honra; con que vea usted si viene equivocado, ó no.*

Aquel rey de España tan amigo de poetas y comediantes, y cuya grandeza se ha comparado con la del agujero, el cual se hace tanto mayor cuanto más se le desmembra ó quita de la parte sólida que le rodea, Felipe IV, digo, oyó un día de boca de Quevedo la siguiente petición:—*DEME pie vuestra majestad*, con el intento de improvisar una composición sobre el verso forzado que se le propusiera; pero el Rey *DIÓ en el chiste* de alargarle una pierna, la que, cogida en su extremidad inferior por Quevedo, *DIÓ pie* á éste para pro-rumpir en aquella tan sabida redondilla:

«¡Buen pie! ¡mejor coyuntura!
Páreceme, gran señor,
Que yo soy el herrador
Y vos la cabalgadura.»

¡Donosa *lección DADA* á quien su alto rango no le autorizaba en manera alguna para *haber DADO* semejante *coz!* Pero esa y otras lindezas de igual ó parecido jaez no eran nada raras en un trono cuyo lustre empezaba ya á eclipsarse de una manera tan evidente, para *DAR* dentro de pocos años *las boqueadas*.

Tres majaderos disputaban en una tertulia acerca de cómo está mejor dicho: si *DAME á beber*, *DAME DE beber*, ó *DAME QUÉ beber*. En esto cortó el altercado una joven, diciéndoles chistosamente: *No se cansen ustedes; creo que lo más propio sería decir: Llévame á beber*.

Es curioso el uso de la fórmula *DAR DADO*, para diferenciarlo de *lo que se DA prestado*. Así, dijo muy bien D. Francisco de Rojas en su comedia *No hay amigo para amigo, las cañas se vuelven lanzas*:

«De esta manera, traidor,
Pagaré la bofetada —
No se la di yo prestada.—
Pues, cómo?—*DADA*, señor;»

y D. Luis Rufo en la primera de sus *Quinientas apotegmas*: «El año de diez y seis, estando en Madrid el príncipe Feliberto, tío de V. A., que ahora es ángel, y entonces lo parecía, se sirvió del autor deste libro, ya con la pluma, ya con el pincel, de tan aficionada voluntad, que, habiéndose traído unos potros de sus prioratos de San Juan, le hizo merced de uno; y como D. Diego de las Marinas, caballero mayor suyo, ó por jefe, ó porque le pareciese que un peón á caballo podía servir con más veloz diligencia, le hiciese este cargo un día, le respondió: «Sr. D. Diego, si el príncipe mi señor me *DIÓ DADO* un caballo, no me le venda V. S.»



La verdad es que maravilla el ver tanta prodigalidad por doquiera que *DAMOS un paso* en nuestro suelo. Aquí, el reloj *DA* las horas; los alcornoques *DAN* bellotas; algunos sujetos *DAN* que decir; ciertas disposiciones, de los mismos emanadas, *DAN* que reír, cuando no que llorar; *DA* pena ver á tanto vago como pulula por esas calles de Dios, sin que á quien debiera poner remedio á tamaño mal se le *DÉ un pitillo* el que siga cundiendo más y más esa lepra social cada día que pasa; hay quien *DA* un balazo ó una estocada, como podía *DAR* un confite, que al fin y al cabo todo ello es *DAR*; *DAMOS* con lo que buscamos, aún cuando no siempre; jamás se

DA á partido el sujeto de suyo terco y discolo, por lo cual con justa razón nunca se *DA á querer* de las personas con quienes se trata; el que tiritita de una manera excesiva, no puede por menos de *DAR diente con diente*; al estudiante, por mal nombre, y al novio que *no vió*, le *DAN* aquí cada *calabaza* que *DA la hora*; *DA una campanada*, sin necesidad de que medie el instrumento que produce semejante sonido, aquel sujeto que *DA un escándalo mayúsculo*, ó, lo diré á la francesa para que mejor se me entienda, que *DA un espectáculo*; ¿qué más? por *DARSE* aquí sucesos estupendos, hay quien *se DA DE las astas* con sus semejantes y quien *se DA de calabazadas* contra las paredes, sin por ello sacar heridos los cascós, *DADO caso* de tenerlos.

En materia de refranes y de locuciones metafóricas y proverbiales, es una bendición de Dios la plétora, el derroche con que tropezamos á cada paso en nuestro suelo.

DAR tiempo al tiempo, que es como si dijéramos, *DAR dinero al dinero*, al tenor de lo que reza el refrán inglés: *Time is money*;

DA y ten, y harás bien, con lo que se exhorta á huir igualmente los extremos de mezquindad y de prodigalidad;

DAME pan y dime tonto, con que se acredita que el color encarnado no asoma fácilmente á las mejillas de ciertas personas;

Á quien DAN en qué escoger, *DAN en qué entender*, lo cual evidencia no ser tan fácil como se suele presumir el hacer ciertas elecciones;

Quien DA, bien vende, si no es ruin el que prende, con que se acredita lo mal retribuido ó agradecido de ciertas dádivas ó agasajos;

DAME donde me siente, que yo haré donde me acueste, equivalente á aquel otro que dice:

Si se le DA el pie, se toma la mano, para *DAR á entender* el comportamiento abusivo, por lo descontentadizo, ambicioso y exigente de ciertas personas;

DAR en el hito, ó en el quid, ó en el busilis, es acertar con, ó hallar la solución que se buscaba;

No DA su brazo á torcer, quien no desiste ni ceja de su determinación ó propósito, y

Deum de Deo, ó DÉ donde DIERE, aunque sea *DAR palo de ciego*.

En conclusión: si fuéramos á *DAR* aquí *cuenta* ó *noticia* de todo cuanto *DA de sí* la explicación del verbo *DAR* en nuestra lengua, *DARÍA por resultado* semejante tarea el escribir unos cuantos artículos, si ya no es que *DABA margen* á componer un tomo abultado, pues como se ve, harto se presta á ello la materia que nos *ha DADO la humorada* de tratar en esta ocasión. Y cuenta con que no decimos que nos *DIÓ la ventolera*, por no aparecer extravagante ó casquivano; ni mucho menos, que nos *DIÓ la gana*, por no pasar plaza de grosero ó mal educado.

DEMOS, pues, *por terminado* ya nuestro compromiso, no sea que, en vez de *DÁRSEnos* plácemes, se nos *DÉ una silba*.... De lo cual también *se DAN casos*; y *DÉSE* también total, absoluto é ilimitado *crédito* á lo que vamos á decir por conclusión, y es: que más *ruido* nos *ha DADO* el compaginar este artículo, que al lector pasarlo por la vista; después de lo cual sólo nos resta pedir al Altísimo que nos *DÉ su santa bendición*.

JOSÉ MARÍA SBARBI.



EL SALUDO DE LA PRIMAVERA.—Cuadro de A. Grönland.

« LA BÊTISE HUMAINE »



PERDONE el lector que vaya en francés este epígrafe, por no existir frase en castellano que traduzca con verdadera exactitud nuestro pensamiento. No se trata aquí de la bestialidad humana, ni de la barbaridad, ni de la brutalidad, ni siquiera de la necedad de las gentes. Lo que aquí va á comentarse es esa insuficiencia de juicio ó ligereza de concepción, que los franceses llaman *bêtise*, y que casi todos los humanos reconocemos cuando al eje utar cierta especie de tonterías

decimos con ingeniosa sencillez: «¡He sido un bestia!»

Se halla, efectivamente, poblada la vida de una porción de contrasentidos inexplicables, así en lo físico como en lo moral. Procedemos de ordinario con una pauta ó falsilla que nos da hechas multitud de ideas, sobre las cuales no admitimos observación ni discusión á pesar de su absurdo. Hacemos infinidad de cosas que de pensarlas nos producirían risa á nosotros mismos, y las hacemos sin saber cómo, sin saber por qué, y á veces sin saber cuándo. Nos agitamos, puede decirse, entre dos influencias; la peculiar de cada uno, que es la más corta, y la general ó que comprende á todos, que es la más larga y la más ridícula.

Un paseo, pues, por las calles de la vida humana, parándonos á contemplar los rótulos que llamen nuestra atención por descubrirse detrás de ellos alguna majadería notoria, es lo que va á constituir el extraño estudio que, sin orden ni concierto y para periodos arbitrarios, emprendemos hoy con el título de LA BÊTISE HUMAINE.

LA PINTURA DEL PELO.

No vamos á comenzar estos apuntes zahiriendo ó ridiculizando á eso que ha dado en llamarse, y muchas veces con justicia, la hermosa mitad de la especie humana. De ningún modo. Las mujeres tienen derecho de pintarse como quieran

y cuanto quieran, sin incurrir en la murmuración pública sino acompañada de esa sonrisa indulgente con que se reciben por lo común todas las coqueterías. Las mujeres no obtienen grandes cruces, y pueden usar toda clase de bandas; no van á la guerra, y pueden colgarse toda suerte de condecoraciones; no pertenecen á ningún estado mayor, y pueden empenacharse con todo género de plumas. Si un día se les ocurre vestir de capitán general, con sus charreteras y su casco, no habrá ordenanza que se lo prohíba, ni oficialete que deje de requebrarlas. La pintura, pues, de que aquí va á tratarse es la de los hombres.

Hacen bien muchos hombres en teñirse el cabello con el disimulo proverbial de semejante acto. Las canas son un signo de vejez que aflige al que lo lleva y no satisface al que lo mira. Ser viejo es dejar de ser hombre, lo cual no todos los hombres tienen el valor de consentirlo. Teñirse, por consiguiente, las canas es perpetuar la juventud.

Las canas principian á teñirse por extracción, ó sea arrancando los primeros pelillos que blanquean; siguen por yuxtaposición, ó sea escondiendo cuidadosamente los pelos blancos bajo los negros; continúan por lubricación, que equivale al uso de una pomada obscurantista; y últimamente, ya no hay más remedio que la inmersión absoluta, esto es, la química á toda droga.

Los que usan este procedimiento suelen vivir más ocupados que los otros hombres. Para la generalidad basta con lavarse y vestirse; para ellos es necesario pintarse, y como la pintura es cosa reservada, los convierte en hombres, á más de muy ocupados, misteriosos. El tocador de un hombre que se pinta es un foco de sobresaltos perpetuos, como lo es sin duda el taller donde se fa' rica moneda falsa. Ya puede presentarse el juez á notificar un auto, ó el padre de un joven á pedir la mano de una muchacha: el hombre acudiría á medio vestir ó á medio comer, pero de ninguna manera á medio pintar. Algunas veces en viaje ó estando enfermo, se asoman canas indiscretas á los poros del cutis, ignorando que su parte superior conserva la opacidad; y entonces ¡qué suplicio, qué inquietud, qué trabajos! La bufanda, el pañuelo ó los embozos no son cortinas suficientes para cubrir la desnudez de un pelo.

¿Y la calidad de la pintura? En unas ocasiones da el negro ó el castaño, como cualquier pintura que se respeta; pero ¿y cuando sale el verde? ¿y cuando toma tonos amarillos? ¿y cuando percude la piel, la enrojece ó la quema? Por fortuna el público no advierte ninguno de estos fenómenos,

y sigue creyendo joven rematado al que con su apergaminafa y las arrugas de su semblante y la languidez de sus ojos conserva todavía rubia, castaña ó negra su cabellera, aun cuando la despueblen calvas y la marchiten agostamientos.

Pero donde el tinte de las canas ejerce una influencia decisiva, es en el modo de engañar á la muerte. Viene la muerte por nosotros creyendonos viejos, y se encuentra con el pelo pintado: sorpréndese del fenómeno, mas como desconoce los secretos de la química, confiesa su error y se marcha. Así se explica que el hombre al teñirse el cabello, no sólo simula con cierta gracia su juventud, sino que alcanza también condiciones de longevidad.

El elixir de larga vida puede muy bien encontrarse en un tintero.

LOS MUELLES.

Uno de los adelantos materiales con que el siglo actual se engalana, como beneficioso para la vida de las criaturas, es la introducción de los muelles en el mueblaje doméstico. Hace cuarenta años nuestros padres se sentaban en lona, badana ó cuero, según su categoría; usaban paja ó enea en el interior de sus habitaciones; construían bancos de tabla ó poyos de ladrillo para el servicio público; y en cuanto á viajar, lo hacían sobre baules, costales ó barriles, según eran los embalajes con que iba cargada la galera de transporte. Por lo que se refiere al lecho, no eran mayores las comodidades de nuestros antepasados. Dormían en cama de tablas ó catre de tijera, provistos á lo sumo de un trasportín de lana, un colchón de pelote y un jergón de maíz ó cosa parecida. Sentarse en crines era propio de palacios; acostarse en plumas era privilegio de magnates.

Pero viene el siglo del vapor, del telégrafo eléctrico, de la lámpara incandescente y del fonógrafo; siglo que al dotarnos de tantas maravillas públicas, nos concede las privadas de los fósforos y de los muelles. ¿Quién no usa muelles entonces? La pupilera más modesta anuncia á los que le alquilan una habitación, que en cada cuarto hay una butaca de muelles; fondistas y hosteleros manifiestan que sus camas tienen colchón de muelles; los empresarios de teatros, al preconizar las mejoras que preparan en el coliseo, cuentan entre las principales los asientos de muelles; por último, cuando se casa una muchacha, se le compra un estrado, con muelles por supuesto. Muelles para ricos y para pobres; muelles por todas partes.

Y ¿qué son muelles? Muelles son unas tiras ó alambres de acero que, bien en forma curva ó en espiral, agrupados más ó menos ingeniosamente, conservan su fuerza elástica para ceder cuando se les oprime ó dilatarse y rehacerse cuando se les abandona. Tenemos, pues, que la dicha moderna más barata de los humanos es sentarse, recostarse ó tenderse sobre sillones, divanes ó lechos, que al experimentar presión ofrecen blando asilo á la persona, amoldándose á todas sus posturas y proporcionándole un deleitoso cuneo infantil. ¡Qué descanso tan grande el de los muelles, después de una fatiga! ¡Qué sosiego tan dulce sobre ellos, después de un insomnio forzado!

Pero, amigo, los muelles, á quienes nadie aventaja en docilidad, tampoco hay quien les supere en terquedad. Si se abaten á la presión ajena, es aguardando un momento de respiro para reponerse. Son dóciles porque son tercos, y son tercos porque de lo contrario dejarían de ser muelles. Se doblan á la criatura con supuesta docilidad, pero es empujando á la criatura para librarse de ella. Semejantes á los piqueros que detienen al novillo con las púas de sus garrochas, los muelles ven desplomárseles encima á los humanos y los sostienen con las puntas de sus espirales. Recostarse ó sentarse sobre muelles, es sentarse ó recostarse sobre enemigos.

No hay sino considerar la práctica de esta *bêtise*. Se acuesta la criatura regodeándose con lo tierno de su lecho ó de su banquetta, y efectivamente, los muelles le reciben con blandura amorosa, ofreciéndole cadencioso balanceo, espacio justo para sus carnes, compensación exacta para su nivel. Pero apenas ha cerrado los ojos, aquellos esclavos pícaros que sólo á la violencia cedieron, principian á confabularse contra su señor, y desarrollan una fuerza ascendente, tenaz y ruda, cuyo empuje desvelaría á cualquiera que no se hubiese acostado con la ilusión de dormir sobre plumas ó rosas. Y lo positivo es que los muelles concluyen por desvelar, pues como hasta ahora no hemos hablado más que de muelles nuevos, aún puede tenerse por algo paradójica nuestra observación. No lo es en manera alguna, sin embargo, porque los muelles conservan poco la eficaz estructura á que deben su fama: el uso los tuerce, los agrupa, los desnivela ó doma, convirtiéndolos en pedazos de hierro, que si no cortan ni pinchan, es porque se lo impide la lona que los cubre. Butaca hay que al sentarse pone banderillas; diván que al tenderse graba arabescos en los lomos; y cama que al acostarse, después de producir una música como cajón de claves que se revuelve, forma burujones ó baches donde los miembros de la víctima tropiezan ó se atenazan. Si el lecho de Procusto existió, pudo consistir en una cama con muelles viejos.

Ante tamaño contrasentido, fuerza es sospechar que los muelles representan algo diverso de lo que sus inventores imaginaron; quisieron inventar lo estable y les resultó lo movable. La silla, que es la quietud, nos advierte con la impaciencia elástica de su asiento, que debemos hacer las visitas cortas; el lecho, que es el reposo, nos avisa, cuando nos balancea á la madrugada, que es ya hora de levantarse; el propio diván donde nos recostamos á la siesta convidaría con un largo é inoportuno sueño, si no nos dijese con las sacudidas de su armazón que nos aguarda el trabajo. ¡Ah! sí; el muelle es uno de los progresos del siglo, pero que nos invita á caminar y no á yacer.

Quédense para los torpes de nuestros padres aquellos sillones de cuero con los respaldos de lo mismo, donde podían pasarse las horas muertas; abandónenseles aquellas camas forradas de piel curtida sobre un promontorio de colchones, al cual era necesario subir con escalera, pero que en llegando allá proporcionaba aislamiento del mundo y quietud para el espíritu y para la carne. ¿A qué los cojinetes de badana con su agujero en medio? ¿A qué las frescas lonas para sestar en los ardores del estío? ¿A qué las colchonetas sin bastas para envolver el cuerpo en los meses helados? Los antiguos nacieron para reposar y nosotros nacimos para correr. Por



PARTIDA DE CAZA.

eso, con apariencias de reposo, hemos inventado los muelles que nos empujan.

Lo único en que no habíamos caído hasta ahora, es en que al más sublime de los muelles se le llama el trampolín, y sirve para lanzar al aire á los titiriteros.

EL ÍDEM ÍDEM.

Es ley de gramática general, ó así al menos lo consideran la mayor parte de las gentes, que cuando en un escrito haya de repetirse con insistencia un vocablo, no se escriba éste más de una vez, sino que se ponga *idem*. En las listas de fonda, por ejemplo, cuando se anuncian chuletas al natural, chuletas á la *papillot* ó chuletas en salsa, se hace de este modo: chuletas al natural, *idem* á la *papillot*, *idem* en salsa. Pero si las chuletas además son de ternera, se dice así: chuletas de ternera al natural; *idem*, *idem* á la *papillot*; *idem*, *idem* en salsa; y si por añadidura se venden en raciones y medias raciones, deberá formarse el siguiente cuadro:

ENTRADAS.	RACIÓN.	MEDIA.
Chuletas de ternera al natural.	5 reales.	3 reales.
Idem <i>idem</i> á la <i>papillot</i>	<i>idem</i> .	<i>idem</i> .
Idem <i>idem</i> en salsa.	<i>idem</i> .	<i>idem</i> .
Idem de cerdo asadas.	<i>idem</i> .	<i>idem</i> .
Idem <i>idem</i> fritas.	<i>idem</i> .	<i>idem</i> .
Etc., etc., etc.		

Esto se hace por dos razones bien obvias: primera, por la claridad; segunda, por la elegancia. ¿No es mucho más claro escribir *idem*, *idem* fritas, *idem*, *idem*, que poner chuletas de cerdo fritas á cinco reales la ración y tres reales la media? En cuanto á la elegancia, nadie duda que sería pesado, ridículo y cacofónico repetir chuletas, chuletas y chuletas. ¿No es más armoniosa, variada y significativa la frase *idem*, *idem*, *idem*?

Al proceder, pues, en semejante forma los humanos, han querido, con mucha cordura, que no se llene de chuletas una lista de fonda, prefiriendo que se llene de *idenes*, lo cual trae la ventaja de que el que se sienta á comer no encuentre las chuletas; pero en cambio siempre encontrará *idem*, y es lo mismo.

Porque han de saber ustedes que *idem* es una palabra latina que significa *lo mismo*; de manera que con llamar al mozo, poner el dedo sobre un *idem*, decirle «lo mismo», y verificar entre ambos una operación parecida á la que los camareros de hotel ejecutan sobre la muestra de las campanillas eléctricas para saber de qué cuarto llaman, el mozo traerá más ó menos tarde una *idem*, *idem* frita, por *idem*, *idem*. Es decir, traerá esto si no trae otra cosa, confundido con lo enrevesado del petitorio.

¡Ah! y si el asunto fuera sólo cosa de broma, pase por broma; pero es el caso que la adopción del *idem* se extiende

á los cuadros sinópticos, á los estados de la hacienda pública, á las balanzas de comercio, á las estadísticas de todas clases; y como los números son ya por sí propios materia confusable y embrolladora, no les falta más que el empleo del *idem*, *idem*, para entontecer al que observa y desesperar al que estudia.

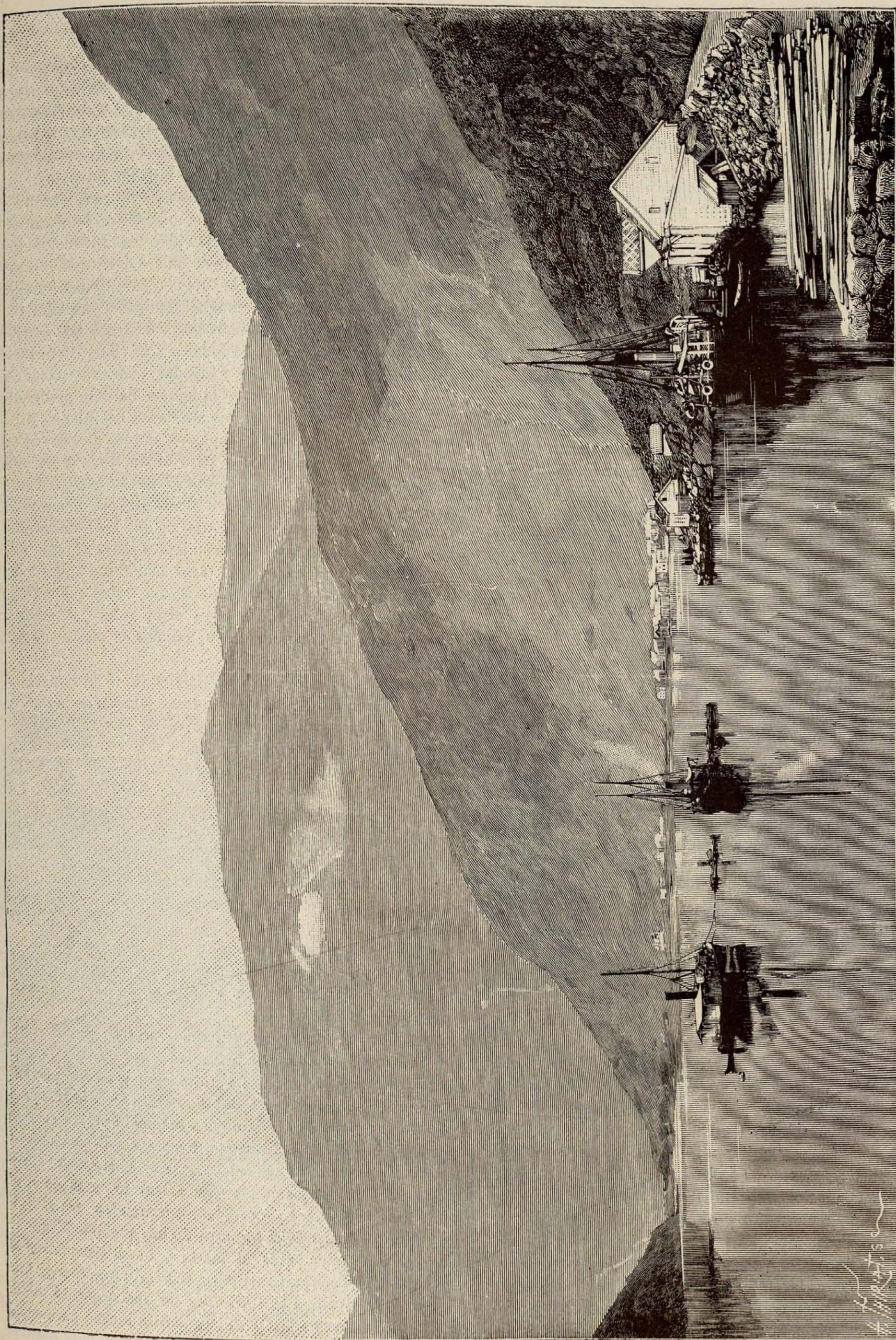
Diariamente publica la *Gaceta de Madrid* un estado del tiempo en toda España. Esta curiosa noticia interesa por igual á los labradores por las siembras de sus campos, á los comerciantes por la situación del mar y de las costas, á los simples curiosos por conocer la diversidad de temperaturas ó por si llueve, nieva ó hace calor en su pueblo. Pues bien: en la larga lista de «despejado, lluvioso, oleaje, granizo, nubes» y demás, se interpone graciosamente el *idem*, por no repetir la palabra, y resulta que cuando se tiene interés en Zaragoza y se encuentra *idem*, hay que alzar la vista para ver la observación á que se refiere; pero como el cuadro es grande y la letra menuda, se incurre en el donoso descubrimiento de que está el mar agitado en Salamanca ó de que llueve á torrentes en las secas tierras de Almería. Todo menos lo que sucede en Zaragoza.

No hay que decir lo que ocurre con los catálogos de nombres por orden alfabético. Cuando llega su turno al pobre José, que tanto abunda, se destacan largas filas de puntos (....) ó de comillas («») para evitar la repetición de José, y resulta que el interesado no se encuentra á sí propio, aun viéndose allí presente, como no vuelva la vista atrás hasta reconocer el patronímico. ¿A quién no le ha sucedido esto en correos y telégrafos? ¿A quién no le ha sucedido esto en muchas otras partes?

Los cuadros estadísticos se redactan por igual sistema. Comillas y más comillas, puntos y más puntos, *idenes* y más *idenes*, hasta formar una plana inarticulada donde la ortografía ocupa el espacio de las deducciones filosóficas y de los datos laboriosamente adquiridos. Ya es bastante poco clara la tal estadística para que la enturbien sus expositores con puntos y con *idenes*, en vez de palabras netas y de comprensión pronta. ¿Quién no se vuelve loco ante aquellas columnas de garabatos?

Pero vamos á ver, señores, ¿por qué hacen ustedes eso? ¿Es por no repetir la palabra? Pues ya hemos visto que repiten *idem*. ¿Es por ahorrarse escritura? Pues ahora vemos que gran parte de las voces tienen las mismas letras del *idem*, *idem*. ¿Es por economizar gastos en la imprenta? Pues sépase que los impresores cobran lo mismo por componer *superabundantemente* que por componer *idem*, ó puntos, ó comillas ó líneas blancas. ¿Es para mayor claridad? Venga el diablo y véalo. Pues ¿por qué lo hacen?

Nosotros vamos á decirlo. El hombre es ordinariamente manso, y se deja conducir á donde lo llevan los otros hombres. Oyó desde pequeño que no se repetían chuletas, y repite *idem*; dijéronle que escribir muchas veces José era poco elegante, y oculta con puntos suspensivos el nombre del santo carpintero; aprendió que las rayas y las comas eran más expresivas que las palabras con sus letras, y escribe en árabe en lugar de escribir en cristiano como Dios manda; en suma, se muestra tan conforme con la tradición, que cuando oye decir á uno de sus semejantes: «Soy un bestia», está siempre dispuesto á responder: «Yo, *idem*.»



UN PAYSAGE DE LAS COSTAS DE NORUEGA.

A. H. M. S. 2

LAS FUNDAS DE LOS MUEBLES.

Es un alarde de buena educación entre las que se llaman *señoras de su casa*, que cuando se compran sillerías, espejos, arañas u otros enseres de uso doméstico, se les provea de sus correspondientes fundas para preservarlos del polvo, de la luz, del roce, de las manchas y de todo género de impurezas. La idea no puede ser mejor, ni más económica, ni más pulcra. Equivaldría á que las tales señoras sacasen á la calle el abanico en su caja, los pendientes en su estuche y los zapatos cubiertos con unas abarcas, que á buen seguro que el abanico se rompiera, ni los pendientes se injuriasen, ni los zapatos perdiesen su brillo y condición de nuevos. Verdad es que entonces con el abanico no podrían hacerse aire, ni con los pendientes lucir, ni con los zapatos andar; pero tampoco en su casa pueden verse en los espejos, ni alumbrarse con las arañas, ni ennoblecer su salón con el brocado de sus muebles. Todo tiene sus contras, y la pulcritud más que ninguna otra de las virtudes.

Ponen unos novios su casa, y la madre y la suegra agotan los caudales de su ingenio y de su bolsillo para que el menaje sea del mayor gusto y de la mayor moda. ¡Qué colores! ¡qué matices! ¡qué brillantez! Las otras pobres madres y suegras que no alcanzan tal fortuna, ¡cómo envidiarán á los novios cuando contemplen el lujo y esplendor de los suntuosos aposentos!—Efectivamente, al penetrar allí se ven magníficos sillones entapizados de lienzo crudo con cantoneras de balduque; los espejos hacen la cara roja ó amarilla, según el color de la gasa que los defiende; los dorados se hallan tristes y como biliosos; las estatuas parecen sacos de ropa vieja puestos de pie; el piano es de hule; los relojes de tul con felpillas, la lucerna, la gran lucerna simula un globo aerostático á medio inflar; todo está feo por el pronto, pero ¡qué encantos no se adivinan bajo aquellas misteriosas cubiertas! ¡Oh! ya se descubrirán el día del aniversario de la boda, aunque por ese tiempo suele haber en la casa otras preocupaciones; ó, si no, el día del bautizo de lo que nazca, aun cuando en este caso se recibe en las habitaciones de la madre; ó cuando la niña haga su primera comunión, ó cuando la pidan y se case.

Mientras tanto los muebles envejecen sin que ojos humanos los hayan visto. El polvo, con sutil disimulo, se introduce por las aberturas de las cubiertas; la luz taladra débilmente, pero taladra y percude telas y matices; los insectos roedores hacen nido en las concavidades del almohadillado; las maderas se alabean ó se abren; el gato juega con los flecos y los deshilacha; los sirvientes, en ausencia de los señores, duermen sobre los divanes; la humedad, el calor el trasiego de poner y quitar alfombras, las mudanzas, el Almanaque, en fin, con su inflexible curso, que envejece nuestro corazón y nuestros pulmones, tan bien enfundados, ¿cómo no han de mortificar y envejecer telas y esqueletos, colores y barnices?

Llega un día en que se quitan las fundas, y entonces, ¡oh dolor!, los muebles no sólo están ya viejos, sino que están antiguos. ¿Quién enseña rosas y verdura cuando se estilan rayas? ¿Quién muestra flecos y borlas cuando se estilan cordones y agremas? ¿Quién tiene un salón verde cuando se estila rojo ó amarillo? Además, los bronce se

han puesto negruzcos, las cortinas tienen sombras por los dobleces, los relojes no quieren andar en fuerza de estar parados, las arañas presentan una erupción de desperdicios de mosca, las velas aparecen mustias y cabizbajas, y hasta los tapices causan grima por los diversos tonos que les dieron las bandas de percal con que se tapaban los pasos.

¡Qué desolación la de unos aposentos de casa honesta y bien gobernada!—Ciertamente que si los muebles no hubieran tenido fundas, su vida habría sido algo más breve, aunque más agradable y ostentosa; pero quiere decir que al reponerlos se les hacen fundas más tupidas, para librarlos mejor de las asechanzas del uso. Si aquel día que se descubrieron no se hubiese hecho, la mancha que les cayó ó las arrugas que tomaron estarían en las fundas y á la vista, como suele ocurrir, pero no en el interior y tapadas, como sucede ahora. Ciertamente también que el aire y la luz les habrían producido esa pátina artística que da solemnidad á los salones, diferenciándolos del almacén de tapicero, aunque después se tasarán en algún menos valor para el día de la almoneda. Ciertamente, por último, que se hubiera excusado entre los amigos la calumniosa especie de que el brocatel era de algodón, ó de que las tallas eran de estuco, ó de que los bronce eran de estaño, ó de que no había semejantes sedas ni oros, sino unas cubiertas muy cucas para tapar asientos de pura lona. Todo esto es nada en comparación del orden que revelan esos aposentos enfundados, cuya vista induce á recordar otros locales, también en orden, aunque en cierta manera estrambóticos.

No intentamos aludir á una trastienda de ultramarinos, donde los géneros de distintas formas y tamaños permanecen ocultos por caperuzas de papel de estraza: otro será nuestro símil, más propio y adecuado, á la vez que más noble.—Penetrad de día en el guardamuebles de un teatro donde se depositan los instrumentos de la orquesta. Las tumbas egipcias de los violones, los sacos mugrientos de las trompas, los estuches despellejados de los clarinetes, las vainas arrugadas de los oboes, y hasta aquella especie de sartenes de cuero en que se guardan los platillos, ¿cómo han de dar idea de que desenfundados y en su orden natural han de ofrecer al oído las dulces lágrimas del violonchelo, la poderosa canturía del violín, la queja humana del córneo inglés, el gorjeo de picolos y flautas, las celestes melodías del conjunto y los sublimes acentos de un acorde afinado y majestuoso?

Pues bien, señoras que enfundáis vuestros muebles: sabed que vuestros salones se asemejan á ese guardarropa de los teatros. Cuando pusisteis vuestra casa y os complacíais en acumular sobre ella todos los caprichos de la industria y del arte, era para que cada objeto respondiese á una nota de música inarticulada. El campestre paisaje de los cuadros, la actitud animosa de las estatuas, la transparencia reproductora de los espejos, la placidez visual de los tapices, el alarde con que arañas y candelabros extienden sus atrevidas ramas prediciendo el torrente de luz que por la noche dará brillo al color, vida al matiz y tonos armoniosos al acorde de aquel conjunto artístico, todo esto que escogisteis y amásteis equivalía á la formación de una orquesta melódica para vuestros ojos y de un jardín-museo para goce constante de vuestros sentidos. Pero al encargar esas malhadadas fundas echáis el telón de vuestro lindo teatro. Hacéis

lo que las cómicas, que se desnudan de reinas para vestir el traje de paisanas; ó lo que los músicos, que al acabar su parte entalegan y atan el precioso instrumento de que sacaron tan armónicos tonos. Os convertís en empresarias de vuestro propio domicilio, y dais á las gentes por funciones lo que nunca disfrutáis vosotras mismas; creéis, en una palabra, vivir la vida de la opulencia, cuando sólo vivís la vida de la vulgaridad.

Oidnos bien.—Los ricos se diferencian de los pobres en que se hallan rodeados de objetos placenteros. Si los tapan con lonas y percalinas, lo mismo da ser rico que pobre; con la circunstancia de que los ricos no pueden burlarse de los pobres desnudos, y los pobres sí pueden ~~mojarse de los ricos~~ enfundados.

CONCLUSIÓN.

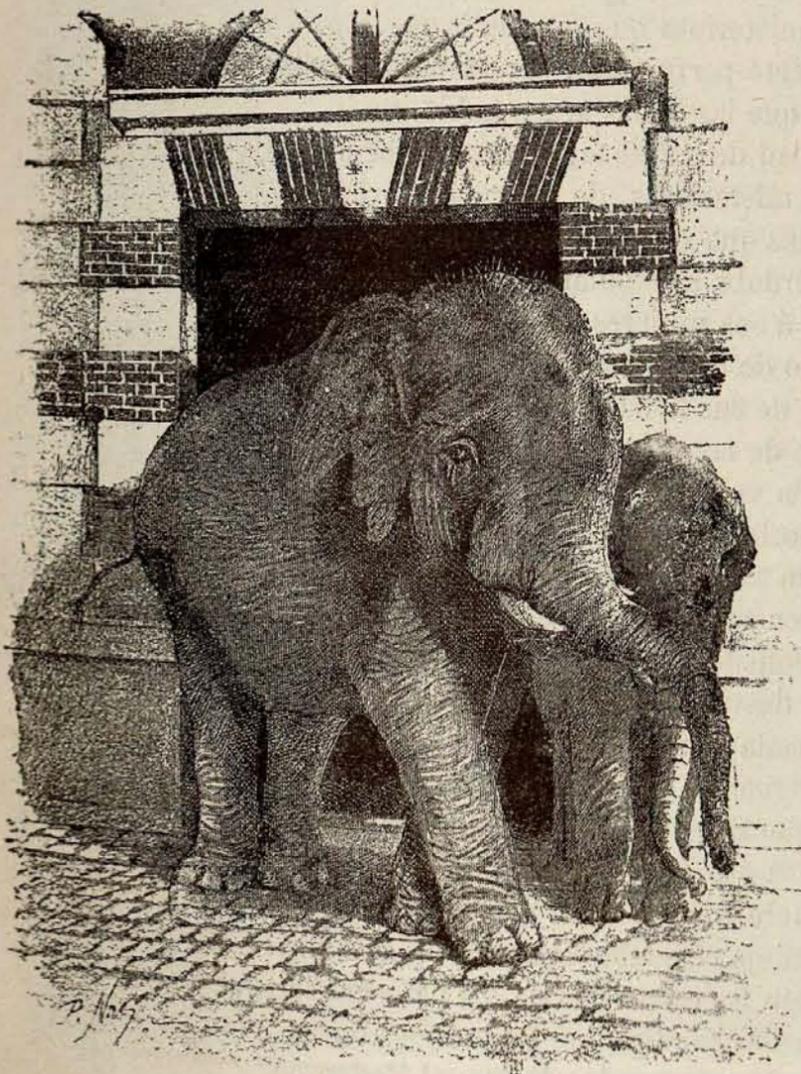
Si, vamos á concluir por ahora, que la materia es larga y ya habrá tiempo de proseguirla sin cansancio del público. ¡Se nos vienen á la imaginación tantos asuntos!

Recordamos esas breves escenas que se suscitan en la calle cuando le preguntan á uno dónde va ó de dónde viene y no le acomoda decirlo; esas solícitas personas que os advierten si estáis en más ó menos carnes, cuando la gordura ó la delgadez tanto os inquietan; esos perspicaces observadores que ven en vuestro ojo la mancha opaca, cuya aparición os tiene tan en cuidado; esos galantes amigos para quienes no pasa día por vosotros, lo que equivale á desear que envejecáis y os lleve la trampa cuanto antes; esos médicos de afición que os dan la voz de alerta sobre vuestra palidez ó vuestro enrojecimiento, presagiando con sus cuidados vuestra tisis ó vuestra apoplejía; todos esos inoportunos, en fin, que no teniendo sabrosas pláticas que emprender, ni frases agudas que proferir, parece que se echan á la calle para reventar al público con sus simplezas.

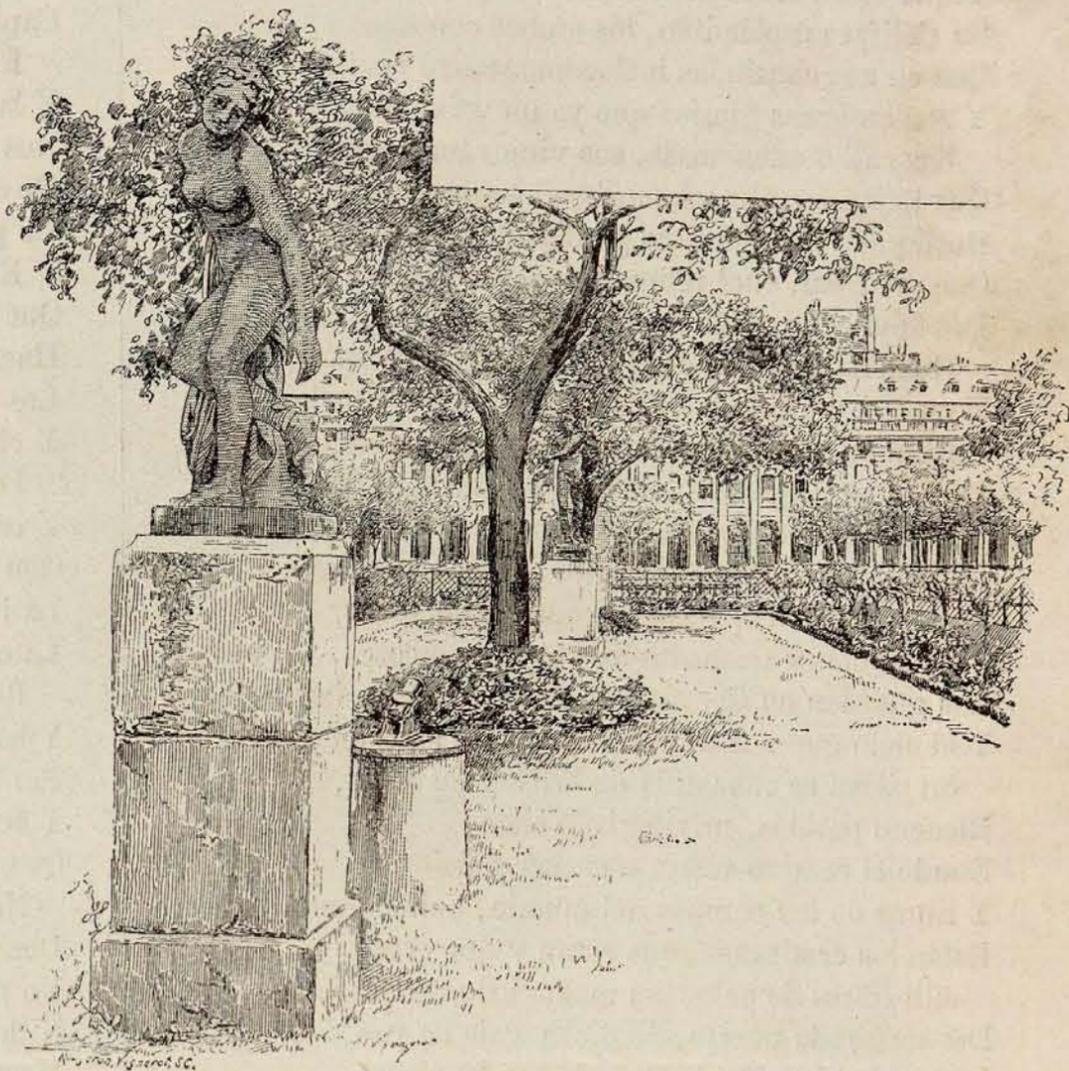
¡Oh! es muy extenso el catálogo de la estultez humana. Ya irá saliendo.

JOSÉ DE CASTRO Y SERRANO.

PARIS.



ELEFANTES DEL JARDÍN DE PLANTAS.



GALERÍAS DEL PALAIS-ROYAL.

Á C Ó R D O B A

Bendiga Dios la patria del sol y de las flores,
De los preclaros genios, de la brillante luz,
La patria que alimenta purísimos amores,
Privilegiada cuna de insignes trovadores,
La que venció á los moros con la divina cruz.

Enamorada virgen la que antes fué sultana,
Alfombra, con sus flores, le da el risueño Abril,
Contornos vagorosos la luz de la mañana,
Acentos inspirados la musa castellana,
Plegarias el creyente, perfumes el pensil.

En ella todo admira: su cielo, su poesía,
Sus campos donde vierte su luz brillante el sol,
Sus noches estrelladas en que el amor confía,
Sus mártires gloriosos, su Catedral sombría,
Su historia avalorada en límpido crisol.

Parece que hoy descansa tranquila en sus laureles,
Y que en su dulce sueño recuerda, con afán,
Su Califato espléndido, los árabes corceles
Que en sus continuas luchas montaban los infieles
Y sus antiguas glorias que ya no volverán....

Sus calles silenciosas, sus viejos torreones,
Que dejan la palmera morisca siempre ver,
Recuerdan las gloriosas y añejas tradiciones
Que guardan, cual reliquia, las cien generaciones
Del hoy y del mañana, lo mismo que de ayer.

Guadalquivir undoso la arrulla placentero
Y entona un himno á Córdoba que lo repite al mar,
Un himno que repite también el pueblo ibero,
Porque es el que nos habla de nuestro amor primero,
¡Aquel que nos enseña á bendecir y á amar!

De Góngora y Saavedra los cantos seductores
Parece que aún se escuchan suaves en redor,
Y de Valdés y Céspedes los mágicos colores,
Los guardan en sus pétalos las perfumadas flores
Y el cielo que nos muestra, brillante su esplendor.

Su sierra es canastilla de lirios y de rosas,
Risueño paraíso, privilegiado edén,
Donde el romero vierte esencias deliciosas,
Y libres de las pompas del mundo, bulliciosas,
Están los ermitaños, que rezan y que creen.

Allí libres de celo, del malhadado encono,
Del suspirado puerto, de dicha vais en pos,
La caridad bendita les brinda con su abono,
Y doblan su rodilla ante el cersileo trono
Donde la luz se vierte, donde se asienta Dios.

En esa misma sierra y oculto entre montañas
Gigantes centinelas que amparo fiel le dan,

Se encuentra un santuario cercado de espadañas,
De arroyos cristalinos, de miseras cabañas,
De flores, que por darle perfume se abrirán.

La Virgen de Linares que nuestro pueblo implora
Inunda el santuario de luz y majestad,
De Córdoba fué excelsa, feliz conquistadora,
Y á su divino influjo huyó la raza mora
Abriendo á los cristianos entrada en la ciudad.

Por Ella San Fernando, el Rey bueno y glorioso,
La perla de Occidente libró del yugo infiel,
Y así de Cristo el lábaro fué emblema victorioso
Que en elevado cerro (1) mostrar pudo orgulloso
El santo Rey, un día, cual su mejor laurel.

¡Alah tan sólo es grande! nos dice en la mezquita
Y en el *Mirah* espléndido, la arábica inscripción
Que de la raza mora los tiempos resucita;
Y ¡Dios tan sólo es grande! nos dice la bendita
Capilla misteriosa que guarda la oración.

El huerto perfumado, las cristalinas fuentes
Y lagos que las hadas acaso habitarán,
Nos hablan de sultanas, con ecos elocuentes,
De citas misteriosas, de escenas diferentes,
De palmas que se besan con amoroso afán.

En Córdoba se adunan dos gracias soberanas
Que dan á sus mujeres aspecto encantador
Haciendo de ellas rosas, de las del campo hermanas,
Los ojos de sus bellas y lánguidas sultanas,
Y el tipo de las vírgenes que adoran al Señor.

Por ella velan siempre los ángeles de oro,
Y escúdanla, solícitos, del genio de Luzbel,
Que en un sagrado templo esconde, cual tesoro,
La imagen sacratísima que desde niño adoro,
La que defiende á Córdoba ¡su luz, San Rafael!

Por él desvía el rayo su senda enrojecida
Y baja hasta la tierra para enterrarse allí;
Por él encuentra el justo la palma apetecida,
Y fe el que no es creyente, y el moribundo vida;
Que él vela á todas horas ¡oh Córdoba! por ti.

No muere, no, la musa que inspira sus cantares
Donde refleja el pueblo sus penas y su amor;
No mueren las memorias de los paternos lares,
Ni la oración bendita que sube á los altares
Hasta la cruz do pende, divino, el Redentor.

Morir no podrá nunca la inmarcesible historia

(1) El llamado de *Jesús*, frente al Santuario de Linares.



“ CASTIGADO ”

ACUARELA DE GEOFFROY

